

EL CUATRICENTENARIO DE ANTONIO DE VIANA Y LA FUNDACION



Bien está que pregonemos a los cuatro vientos que nuestra ciudad cumple ahora 500 años. Pese a sus muchos defectos e inconvenientes, que deseamos mejorar, en realidad nos enorgullece muy íntimamente: por ello celebramos gozosos su medio milenio, como buenos hijos suyos. Otras plumas mejores que la nuestra ponderarán con más acierto los diversos aspectos de la efemérides. A nosotros sólo nos cabe esperar que los actos conmemorativos nos deparen testimonios duraderos, que no todo se quede en el humo sutil de unos fuegos de artificio tan vistosos como fugaces.

Junto a esta sonada conmemoración, otro importante centenario transcurre simultáneamente en nuestro Archipiélago sin pena ni gloria: el del gran poeta de Canarias, el lagunero Antonio de Viana. Parece increíble, pero es cierto: los 400 años de su nacimiento se cumplieron en abril de este año y no hubo para él en nuestra ciudad ni un solo acto, ni una sola recordación, ni siquiera un humilde artículo de periódico que propagara aquí esta otra efemérides del más importante de los antiguos poetas canarios. ¿Dónde estaban los apologistas de nuestras letras? ¿Es que ya no los hay, o es acaso que Viana no merece a estas alturas la atención de nadie?

Viana ha sido un gran poeta con poca suerte. Sus *Antigüedades de las Islas Afortunadas de la Gran Canaria, conquista de Tenerife y apareamiento de la ymagen de Candelaria, en verso suelto y octava rima* (Sevilla, 1604) constituyen una gran obra de juventud, de la que hubiera cabido esperar una mejor acogida; por lo menos, nuevas ediciones barrocas, concordes con la solidez del pórtico que la abre: un breve puñado de poesías de las mejores plumas, encabezadas por un soneto laudatorio de Lope de Vega. Lope incluso, fusilaría luego la obra, inmortalizando parte del contenido en su comedia *Los guanches de Tenerife*. Y lo cierto es que nuestro magnífico poema épico cayó en el olvido, y las nuevas ediciones del mismo fueron pocas y muy tardías, recientes casi, culminando con la de A. Cioranescu (Tenerife, 1968), que es sin duda la mejor y la más útil.

Hasta entonces había predicado en el desierto las excelencias de nuestro poeta María Rosa Alonso, autora de un gran libro sobre Viana y su poema que ha sido una aportación notabilísima pero poco digerida por lo temible de su aspecto, aunque tal vez más conocida entre los literatos que el propio poema. Este ha sido normalmente más ponderado por los historiadores que por aquéllos, y siempre para aprovechar su rica información y deplorar esa imprecisa barrera que no separa la realidad de la fantasía. Cuando estos historiadores hacen referencia a la personalidad poética de Viana, suelen recurrir a un tonillo indulgente que, después de haber leído el poema, nos indigna. Es injusto. Dentro de la joven literatura barroca española, el poema de Viana es una obra tan importante como poco conocida. Si Viana hubiera sido Argentino o Colombiano, en vez de Canario, de seguro que estaría ocupando desde hace muchísimo tiempo un lugar preponderante en las literaturas hispánicas.

Entre los hispanistas, son muy pocos los que ven y muchos los que repiten como loros aquellos que dictan los monstruos sagrados del gremio. El enjuiciamiento estético de las obras literarias antiguas y modernas está muchas veces en manos de gente mediocre, carente de perspectiva histórica y sin embargo llena de prejuicios esteticistas rígidos y mal digeridos, por los que continuamente demandan de sus lecturas que se ajusten a principios a los que ellas pueden en realidad ser ajenos. Desde el siglo pasado, a Viana se le exige un lirismo románticista, concediéndosele como aceptable la atmósfera lograda en el episodio del encuentro del capitán Castillo con la princesa Dácil, pasaje de su obra que tradicionalmente se evoca y sobre el que tanta tinta se ha gastado. En realidad, hay en el poema otros muchos episodios atractivos y más originales. El de dicho encuentro ni siquiera lo es, aunque nadie lo haya dicho, puesto que está inspirado de las versiones populares canarias del "Romance de la infantina" (tan parecidas a las sefaradíes). Los prolegómenos de la gran matanza de Acentejo, por sólo citar un ejemplo mejor, llevan impregnado un formidable contenido poético: la bien estudiada interrupción de lo narrativo, para dar paso a aquel pasaje de delicioso sabor humanista, en el que Nivaria implora a Fortuna que interceda ante Marte para que incline la victoria hacia el lado de sus hijos los guanches, incluyendo la violencia que cobra el lenguaje cuando el dios de la guerra entra en acción, es, a nuestro juicio, de una fuerza y de una belleza sobrecogedoras. Así, todo el poema está salpicado

NIO DE LAS PALMAS

Por Lothar SIEMENS HERNANDEZ



do de joyas que iremos encontrando al escarbar poco a poco en su contenido. Pensamos que no debería haber ni una sola escuela canaria donde no se enseñase a los jóvenes canarios a descubrir y apreciar estas joyas canarias que tan poco parecen importarnos.

El enorme soporte histórico —narrativo del poema es un trámite obligado que despacha Viana recurriendo a los endecasílabos libres, en los que va encuadrando toda la información que pudo recoger. En el canto II se narra la conquista de Gran Canaria, y el poeta da cuenta efímeramente de la fundación de nuestra ciudad de Las Palmas, hemimilenaria ahora. Prescindiendo de las pequeñas discrepancias históricas que puedan existir entre el texto de Viana y los de nuestros cronistas, asunto secundario aquí, creemos que en esta fecha, en que la evocación del gran poeta canario en su cuatricentenario es para nosotros un tributo inexcusable, bien vale la pena reproducir el breve pasaje en el que Antonio de Viana hace relación de los personajes y las circunstancias que concurrieron en la sencilla fundación de nuestro antreñable asentamiento, hace ahora 500 años. Fue un acontecimiento de cuya trascendencia, evidentemente, no fueron conscientes sus propios protagonistas.

De ay a pocos años, desseosos los Reyes de poner a Gran Canaria bajo su real corona, y que partícipes fuessèn del Evangelio y fe apostólica, por capitán conquistador nombraron a un Juan Rejón, leonés, hidalgo noble, y muy experto en cosas de la guerra, y por acompañado en lo eclesiástico al Deán don Juan Bermúdez, hombre grave, y por Alférez de la infantería y de los de a cavallo a Alonso Jaymes que de Sotomayor se apellidava, y al Lope Ernández Guerra, y sus sobrinos, con provisión Real para don Diego de Merlo, que asistente era en Sevilla, y al coronista Alonso de Plasencia, para que luego vista, proveyessen al noble Juan Rejón, y a sus consortes, de treynta fuertes hombres de a cavallo, y seyscientos peones, con navíos, bastimentos, pertrechos, municiones, según que en caso tal se requería. Cumplióse brevemente, y se embarcaron, y al fin de pocos días de viaje aportaron al puerto de Canaria una mañana de San Juan alegre, de do quisieron yr la tierra adentro, y assentar el real en el distrito de Gando, do assistió Diego de Herrera; mas por consejo de un canario noble, que en Jeniguada hallaron, uvo acuerdo que por ser más seguro y provechoso del término a do estavan no passasen; y luego con tapiales començaron a hazer tapias para cerca y muro; mas no cupo descuydo en los canarios, ni en su grande cuydado cobardía, que en pocos días convocados muchos con furia desigual acometieron al real, y tuvieron varias veces peligrosos asaltos y batallas, y en poco tiempo algunos naturales viendo la gran pujança de españoles, a su real venían a rendirse, a instruyrse en la fe y a baptizarce.



Antonio de VIANA